

Los Miedos de Mamá y Papá

Aún no era primavera de aquel septiembre donde estábamos. Esa tarde vi a la matrona haciendo malabares con sus manos y por fin escuché su llanto. Tres kilos setecientos setenta y toda una vida por delante. Fue en ese preciso momento donde comenzaron todos nuestros miedos, ante ese bebé tan frágil y pequeño, que nos hacía llorar una y otra vez de emoción.

Iba pasando el tiempo y con muchísimo amor y con algún que otro descuido veíamos a nuestro pequeño crecer y crecer. Jugábamos muchísimo, de día y de noche, sobre todo esas noches donde el hada de los sueños no venía a visitarnos.

Pasaron los días y poco a poco, pasito a pasito, comenzó a gatear, luego a caminar y cada vez más. Su curiosidad lo llevó a conocer cosas nuevas y no dejaba de sorprendernos con sus hazañas.

Un día al regresar de unas vacaciones después de que conociera por primera vez el mar, nos avisaron que no podíamos salir de casa para protegernos y muchas cosas cambiaron. Primero, habían dicho que sólo iban a ser quince días; pero al final fue mucho tiempo más, dónde no pudimos ver a las personas que amamos ni salir a pasear. Y el miedo se apoderó del mundo entero. Pero nos la apañamos para hacer de cuenta que no pasaba nada y nos divertimos en casa hasta que todo por fin acabo.

Al año siguiente comenzó la guardería y conoció a muchos amiguitos que hacían muchas cosas parecidas a él. Hizo muchas amistades y estaba muy contento.

Un día la familia se agrandó. Le contamos que iba a tener una hermanita y a partir de entonces era el hermano mayor. No pudimos evitar lo que sucedió. Su mundo volvió a ponerse patas arriba. Poco a poco, ya no giraba todo en su entorno, sino que tuvo que aceptar que debía compartirlo con esa personita, que acaparaba mucho la atención.

De pronto, una tarde se quejó de un dolor de barriga. Pasaron los días y siguió con ese malestar, lo llevamos al doctor y vieron que algo no estaba bien, fue el momento más duro de nuestras vidas. El médico nos dijo que lo tenía que operar, que nos quedáramos tranquilos, pero era imposible, la vida de nuestro hijo estaba en sus manos. El miedo nos atravesó y no nos quedó otra que conversar varias veces con Dios para que solo sea un susto. El peor susto de nuestras vidas.

Por suerte el lugar se llenó de ángeles y él se comportó como un león, sin miedo a nada, se puso fuerte como un elefante y en un par de días saltaba como un canguro otra vez.

Pasaron muchos días y le dijimos que tomamos la decisión de ir a vivir a otra casa, dejando todo lo que teníamos y que iba a conocer lugares y muchas cosas nuevas.

Cargamos una maleta con juguetes, otra con abrigos, una más grande con miedos e incertidumbre y a la cuarta maleta la llenamos de sueños, esperanzas y mucha confianza, tanta que casi no se podía cerrar. Pero con la convicción de que donde estemos estaría siempre nuestro Amor.

Con solo esas cuatro valijas emprendimos una vida nueva y cruzamos el mundo.

Era para la feria de abril y el perfume de los naranjos en flor invadieron nuestra llegada, alucinado con los trenes, aviones y autobuses enfrentó nuevos desafíos, conoció compañeritos nuevos que hablaban otros idiomas, con otras costumbres pero con los mismos miedos ya que muchos no eran de estos límites cartográficos, y como él compartían la misma travesía.

Aunque fue variando lugares y conociendo gente nueva siempre se hizo querer por todos los que lo han conocido, porque tiene ese don.

Luego del verano encontró un espacio de recreación, juego y aprendizaje donde poco a poco fue ganando terreno entre sus compañeritos, con su ingenio e inocencia fue salteando obstáculos para sentirse cómodo y feliz, disfrutando de aventuras increíbles dentro y fuera del colegio.

Los niños ven a los padres como superhéroes, pero éstos, no son los que no tienen miedo, sino aquellos que enfrentan a sus miedos sin la necesidad de ser invisibles o súper veloces como los del cine.

"Miedo, No te tengo miedo" leí en una pared pintada con aerosol, y es eso...

¡Enfrentarlo!

¿Cuál es tu mayor miedo?, me preguntaron...

De niño podemos temer a la oscuridad o a pensar en algún monstruo escondido debajo de la cama. De adolescente pensamos que el miedo no existe y cuando somos papás tememos por nuestros hijos, de que nada les pase, de que nadie les haga daño, temer de no poder darle un futuro mejor, de no poder prepararlos para el camino que les espera...

El mayor miedo es que nuestro hijo no sea Feliz...

Y sin embargo, Él se empeña todos los días, con su sonrisa, en convertirnos en sus superhéroes.

¿Y tú? ¿Cuál es tu mayor miedo?...